

Ella sola sin que tenga alguno de aquellos extraños socorros que suelen acompañar à los reos en los tribunales, sin que la asistan los parientes, los amigos, y los protectores, los que algunas veces suelen hacer callar à la justicia: estará destituida de aquellas prendas recomendables que suelen ofuscar los ojos de los Jueces, de la nobleza que deslumbra, de la hermosura que entenece, de la juventud que mueve à compasion, de aquellas sutilezas con que suele disfrazarse la verdad, y de la elocuencia que suele pintar con hermosos colores, aun los hechos mas infames: muchas veces vemos à los reos librarse del suplicio, è insultar à las leyes con estas especiosas exterioridades.

Pero en aquel supremo tribunal no hay lengua, palabras, artificios, ni colores: todo se reduce al hombre, y sus obras: *Ecce homo, & opera ejus.* ¡Qué compañía! ¡Qué séquito, Catholicos! ¡El hombre, y sus obras! Estas, direis, ya pasaron, y ni aun memoria ha quedado de ellas. ¡Qué error! Todavía subsisten en la presencia de Dios. Dios, dice el Sabio, preguntará à nuestras obras, y nuestras obras le responderán: *Ipse interrogabit opera nostra.* (a) ¿Cómo le han de responder? ¿En dónde están? En la conciencia del pecador.

Este es aquel libro misterioso en donde está impreso con la mayor distincion todo el curso de nuestra vida: libro que ahora tenemos cerrado para todos con los artificios del secreto, de la hipocresía, y de la mentira: libro que procuramos cerrar à nuestra propia vista, para evitar la verguenza de conocernos, y la pena de sentir los remordimientos de nuestros pecados: por ahora nada vemos en él; está sepultado entre tinieblas; pero en la muerte se rompe el velo, se manifiesta Dios, aparece la luz, y se abren los libros: *Et libri aperti sunt.* (b)

¿Qué es lo que halla el pecador en su conciencia ma-

(a) *Sap. 6. 4.* (b) *Apoc. 20. 12.*

nifestada de este modo? Halla un fiel testigo de todas sus infames, y vergonzosas acciones. ¿Pero qué digo testigo? Vé al complice de todas ellas. Sí, Catholicos, nuestra conciencia es complice, ò voluntario, ò forzado de todas nuestras culpas: nosotros no pecamos sino con ella, ò contra ella; por sus consejos, ò contra sus dictámenes; resistiendo à sus luces, ò empeñandola en nuestros errores, y engañandola para engañarnos. Esta es la conciencia del pecador mientras vive; es testigo, pero se le corrompe; es complice, pero se le hace callar; es censor, pero se le aplaca, se le gana, y se le hace condescender.

No sucede así con la conciencia del muerto: Su sencillez no se altera con el comercio de los sentidos; es recta, desnuda, y sincera: ¿para qué ha de disimular, ni à quién ha de mentir? El Dios que la pregunta es luz, y verdad.

Pero el mayor desconuelo del alma es, que esta conciencia, este testigo, este complice, y este censor de todas sus iniquidades, no espera à que el Juez la pida su testimonio, sino que ella misma se adelanta à declararse acusadora: *Testimonio reddente conscientia*, dice San Pablo. (a) Todas sus ideas se presentan à porfia, à debilitar nuestra causa, y defender los derechos de Dios: *Cogitationibus invicem accusantibus.* Y en esto consiste el horror de este invisible juicio. Reflexionad, Catholicos, acerca de este lance; ved lo que sucedió à Cain, y lo que os sucederá à vosotros. (b)

Imaginad cuál será el espanto de un asesino, que creyendo haver perdido à todos los complices de su delito, los vé presentarse repentinamente, y levantar la voz contra él. Tal fue el asombro de Cain, quando Dios le pidió cuenta de su hermano. ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de él? *Ubi est frater tuus Abel?*

Ca-

(a) *Rom. 2. 15.* (b) *Genes. 4. 6.*

414 SERMON PARA EL VIERNES

Cain juzgaba que el asesinato estaba tan secreto, y que los indicios eran tan ocultos, que podia responder à Dios: ¿Qué sé yo? ¿Por ventura soy guarda de mi hermano? ¿Nescio? ¿Num custos fratris mei sum? ¿Qué asombro, quando Dios le dice, la voz de la sangre de tu hermano está clamando à mí desde la tierra! *Vox sanguinis clamat ad me de terra.*

Dios hablaba, pero al mismo tiempo los gritos de la sangre que subian desde la tierra al Cielo, se hacian oír de Cain en lo mas profundo de su conciencia. Esta le representaba el horror de su atentado con todas sus crueles circunstancias. Estaban solos Dios, y Cain, sin tener entre sí mas interprete que esta conciencia. Adan, y Eva ignoraban todavia la desgracia de su familia: el Mundo, que se hallaba sin habitantes, no havia establecido todavia ni leyes, ni castigos contra los hermanos asesinos. Dios le amenazaba, pero no le cerraba las puertas à la esperanza, y al perdon. ¿De dónde provino aquel terrible decreto que el asesino pronunció contra sí mismo? ¿Por qué juzgaba que su delito no era digno de perdon? *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* Esta era la decision de su propia conciencia. Esta, no solamente era su complice, y su testigo, sino tambien su acusador, su legislador, y su verdugo: todos los movimientos de su conciencia instaban por el castigo: todos defendian los derechos de la justicia de Dios contra la clemencia: *Cogitationibus accusantibus, aut etiam defendentibus:* (a) A Cain le parece ver toda la tierra llena de enemigos para matarle: *Omnis qui invenerit me, occidet me.* La vista del mismo Dios le parece insufrible: en todas partes busca asilo contra ella: *Et à facie tua fugiam;* quiere huir, ¿pero à dónde ha de huir?

Ya no hablo con Cain, hablo contigo, pecador, que te

(a) Rom. 2. 15.

DE LA IV. SEMANA DE QUARESMA. 415

te ves retratado en esta pintura, que vives en el pecado, que mueres en el pecado, y que algun dia tendras que sufrir los gritos del mismo acusador en presencia del mismo Juez: tu cobarde conciencia ahora está muda, y condesciende con tus pasiones; pero no por eso dexa de conservar el depósito de tus pecados; y por mas especiosos nombres que ahora quieras darlos, su clamor, mas fuerte que el de la sangre de Abel, te hará conocer, y sentir toda su infamia. Entonces querras huir; ¿pero à dónde? ¿Querrás huir como Cain por toda la redondez de la tierra? *Vagus, & profugus super terram.* La tierra habrá ya huido antes de tí; el Mundo habrá desaperecido; nada habrá quedado sino Dios, y tú. ¿Podrás huir de Dios? ¿Podrás huir de tí mismo? ¿Podrás desembarazarte de esa conciencia enemiga, que solamente está unida à tí para despedazarte mejor? No, pecador; tu conciencia, y tú sereis inseparables; sereis un mismo todo compuesto de amor à vos mismo, y de odio à vos mismo, y permanecereis unidos como un cuerpo vivo à un cuerpo muerto. Hallandote, pues, imposibilitado de huir de esta conciencia, que es tu testigo, y tu acusador, ¿te parece que tendrás mas facilidad para huir de un Salvador, que es Juez, y parte? No por cierto. Fijad, pues, en él toda la atencion de vuestra alma; y despues de haver oido una acusacion que no admite réplica, esperad una sentencia irrevocable.

II. Convengo, Señores, en que no será el que pronuncie esta sentencia contra vosotros aquel Dios terrible, que no hablaba à los Hebreos, sino entre fuego, y tempestades. Este mismo Dios derivó à Jesu-Christo su Unico Hijo, con la qualidad de Salvador de los hombres, el encargo de juzgar à los hombres; y para esto le dió expresamente toda su autoridad: *Pater non judicat quemquam, sed omne judicium dedit filio.* (a) Pero

(a) Joann. 5. 22.

no juzgueis, pecadores, que por eso haveis mejorado de condicion. Es verdad que es efecto de la misericordia de Dios el haverse dignado de condescender con nuestra flaqueza, dandonos un Juez experimentado en todas nuestras miserias, menos en el pecado. (a)

Pero por la misma razón de haver estado sujeto à nuestras flaquezas, y de venir à juzgarnos acerca de la observancia de su Ley, será mas terrible su juicio, y en algun modo será mas riguroso para nosotros, que Dios su Padre: y es la razón; si el Padre nos juzgara, sería por sola su autoridad; pero el Hijo, además de la autoridad, nos alegrará su exemplo. Recibiendo de boca de Dios la sentencia de nuestra condenacion por el desprecio de su ley, quedariamos convencidos de que debiamos haverla cumplido: pero recibendola de la boca de un Dios Hombre, quedaremos convencidos de que debiamos, y y podiamos haverla cumplido; y esto privandonos de toda excusa, aumentará al mismo tiempo el peso, y la infamia de nuestros pecados.

Porque si el Juez nos dixera, como en otro tiempo à los Hebreros: *Ego sum Dominus Deus tuus, qui eduxi te de terra.* (b) Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra, y de la nada; ¿por qué has de despreciar mi Ley por vivir segun tu antojo? Puede ser que en este caso pudieramos representar à este Juez las dificultades de su ley, y la poca proporcion de sus mandamientos con nuestra flaqueza. Es verdad, Señor, podriamos responder, que debiamos obedeceros: pero no ignorais la fragilidad del barro de que nos formasteis; bien sabeis lo poco que puede la carne, y el espiritu unido à la carne: y así, por grande que fuese el espanto que introdugese en nuestras almas el juicio executado por la Magestad de Dios, siempre se figuraria nuestra flaqueza alguna excusa en el rigor de su ley.

Pe-

(a) Hebreor. 4. 15. (b) Deuter. 5. 6.

Pero en el tribunal de un Dios Hombre, en el tribunal de Jesu-Christo, hombre como nosotros, y sujeto à la ley comun como nosotros: *Factum ex muliere, factum sub lege*, (a) es irremediable nuestro temor, y no tiene excusa nuestro pecado: alli nos veremos convencidos de haver debido, y podido observar la Ley: alli será el Señor nuestro Juez, y al mismo tiempo será parte, pidiendonos cuenta de sus exemplos, y su Sangre.

De sus exemplos, porque vivió para servirnos de modelo, y así debiamos vivir como él. De su Sangre, porque murió para servirnos de caucion, y así debiamos antes morir por él que ofenderle.

Figuremonos, pues, Señores, siendo tan ingratos, y rebeldes como somos, en qué estado nos hallaremos, quando nos veamos en la presencia de Dios, Juez, y parte. ¿Cuál sería el asombro de los hermanos de Joseph, quando se vieron en su poder, y le oyeron decir: yo soy vuestro hermano Joseph, el mismo que vendisteis? *Ego sum frater vester, quem vendidistis?* (b) No tuvo necesidad de decirles para penetrarles el corazón: yo soy vuestro Señor, vuestra vida está en mi poder, nadie podrá libraros de mí: *Ego Dominus.* La sola reconcion de que era su hermano, su igual, y de la misma sangre que ellos, les afligió mas que les huviera afligido qualquiera otra demostracion de ira: sintieron además del peso de la crueldad que con él havian tenido, el de su ingratitud. Era hermano suyo, y le havian vendido, ¿y por qué? Por contentar su envidia, y su despecho, por no haver podido ganar como él el amor de su padre Jacob: mas quisieron deshacerse de él, que imitar su exemplo.

Y nosotros, pecadores, ¿qué podremos responder en nuestra muerte al Hombre Dios? Era nuestro her-

ma-

(a) Gal. 4. 4. (b) Genes. 45. 4.
Tom. III. Ggg

mano, y quisimos mas hacerle trayción, que imitarle. Era nuestro dueño, y podia tratarnos como à vasallos, precisandonos à que observásemos todo el rigor de su ley, aunque fuese à costa de nuestros propios peligros. ¿Qué interés podia tener en hacernos esta ley mas suave? ¿Le era acaso conveniente, para quitarnos à nosotros las dificultades que en ella se hallan, el sujetarse él mismo à ella, y revestirse para esto de nuestra mortalidad? Pudiendo portarse siempre con nosotros como Dios, ¿debía deleitarse en vivir entre nosotros como hermano, para enseñarnos à servir à Dios?

Responde, pecador, responde à este hermano, al que no has tenido valor para imitar: él ha podido bajar desde los Cielos para enseñaros à que os humillaseis; y vosotros no haveis podido bajar de vuestra propia soberbia, para conteneros dentro de los límites de la clase que era propia vuestra: él se impuso la obligacion de no entrar en el Cielo sino por el camino de la Cruz; y vosotros haveis juzgado que no podreis llegar à él sino por el camino de las delicias: él no se avergonzó de hacerse semejante à vosotros, y vosotros os haveis avergonzado de ser semejantes à él: él no tuvo miedo à vuestras miserias, y vosotros le haveis tenido à sus virtudes. ¿Qué esperais, pues, de este hermano despreciado? ¿Qué cuenta le dareis del abuso que haveis hecho de sus exemplos? ¿Qué cuenta finalmente del abuso de su Sangre? Ved aquí otra razon, de por qué será contra vosotros Juez, y parte.

No se contentará con deciros, soy vuestro hermano, y vuestro modelo, y me haveis despreciado: *Ego sum frater quem vendidistis*, sino que añadirá: soy Jesus, vuestro Salvador, y me haveis perseguido: *Ego sum Jesus quem tu persequeris*: (a) A esta voz, derrivado Pa-

(a) Act. 9. 4.

Pablo en tierra, y herido con la ceguera, ¿qué idea os presenta de un pecador, que todavía se halla incierto de su salvacion en presencia de Jesu-Christo? *Ego Jesus*. Es verdad que yo soy tu Salvador, pero tambien lo es que tú eres mi perseguidor. Mi mayor tormento en la Cruz no era, ni el dolor de los golpes, ni la crueldad de los verdugos; yo me entregué gustoso à ellos por salvarte; tú me has privado de este placer, y de todo el fruto de mis penas, haciendo que estas sean inútiles para tu salvacion; tú, y todos los pecadores contigo me haveis perseguido, y no solamente me haveis crucificado, sino que me haveis ultrajado, è insultado en mi Cruz: *Rursum crucifixentes*. (a) Vosotros haveis convertido mi Cruz, y mi muerte en motivos de burla; mis promesas, mis amenazas, el Infierno, y la Gloria han sido para vosotros vanas fabulas; mis mandamientos quimeras, y mi religion supersticiones. Yo, ò pecador, soy este mismo Salvador crucificado, insultado, y perseguido: *Ego Jesus quem tu persequeris*. A mí es à quien se debe la satisfaccion.

¿A él, Catholicos? ¿A lo menos será à él solo? No, Señores, sino tambien à todo el resto del Mundo, ofendido, escandalizado, y perseguido con vuestros pecados. Jesus, Cabeza, y Salvador de todos, dió caucion por todos à su Eterno Padre; y así es acusador, parte, y Juez por todos: por eso en nombre de sus Discípulos, y de todos los nuevos Christianos reconvenia à Pablo de haverle perseguido.

En el mismo sentido dirá hablando con el Christiano que no tuvo caridad; tuve hambre, tuve sed, estaba desnudo, estaba enfermo, y me abandonaste. Defiendeos si podeis, ricos avarientos: os atreveréis à decirle; ¿y cuándo, Señor, os hemos visto desnudo, enfermo,

(a) Hebr. 6. 6.

mo, y hambriento? Bien sabes, pecador, que Jesus estaba en cada uno de sus pobres; y que sufría con ellos: la Fé te estaba diciendo, que lo que negabas, al pobre, lo negabas à Jesu-Christo: que le ofendias con los robos, è injusticias que cometias contra tus hermanos, que lo eran tambien suyos: debes tener por cierto, que en la muerte los has de hallar, en que será contra tí Juez, y parte, y que tendrá à favor suyo, y de ellos su Sangre, la que pedirá venganza.

Gloriaos en hora buena de haver hecho callar en vuestra presencia à los miserables inocentes, à quienes oprimiais. Su silencio clamará por boca de Jesu-Christo: *Ego sum quem persequeris*. Aquella boca, árbitra suprema de la vida, y de la muerte, estuvo cerrada treinta, ò quarenta años, en orden à los escandalos del pecador: sufría con paciencia sus insultos, y sus insolencias: *Tacui, patiens fui*. ¿No será ya tiempo de que aquella espada vengadora, que con dos filos corta el destino del alma, y del cuerpo, salga por ultimo de la boca del Hombre Dios, para dar el golpe decisivo de una eternidad infeliz?

Ya está dado este fatal golpe: lo mismo que por espacio de una hora he procurado imprimir en vuestras almas con un largo enlace de palabras, sucede en un instante. El momento de la separacion del alma, y el cuerpo, es el de la sentencia, y el de la condenacion: *Vox Domini confringentis cedros, concutientis desertum*. La voz del Juez, que ha pronunciado la sentencia mas pronta que el trueno, ha derrivado los cedros, conmovido los desiertos, y penetrado lo mas profundo de los abysmos. Los vivos, que lloran al rededor del muerto, no tienen oidos para oír esta voz; pero la tierra, y el Infierno la oyen, y el alma arrojada de la presencia del Señor, se abre hasta el centro del Mundo un paso imperceptible à nuestra vista.

Asi

Asi como Satanás, cayó desde el Cielo como un rayo, segun la expresion de Jesu-Christo: *Videbam Sathanam sicut fulgur de Cælo cadentem*. Del mismo modo el alma vá à sepultarse en los fuegos de la ira de Dios: *Septus est in Inferno*. En este instante el alma reprobada es propiamente el espíritu de que hablaba David, un espíritu que vá, y no buelvé mas: *Spiritus vadens, & non rediens*. (a) ¡Qué movimiento tan rápido! Ya no se la verá mas.

No bolverá à compadecerse de los gemidos de su afligida familia, que llora al rededor de su cama: no asistirá à aquellos pomposos funerales, en los que la vanidad de sus parientes, disfrazada con la mascara de piedad, presentará un espectáculo al público: ningun caso hará del magnifico sepulcro en donde à costa de sumas inmensas pondrán à pudrir su cadaver, corroído ya por los vicios, aun antes que por los gusanos.

El alma tiene al Infierno por sepulcro; Dios acaba de poner en él el sello de la eternidad, y nunca bolverá à salir de allí: *Non est reversio finis, quoniam consignata est*. (b)

Amados oyentes míos, todavía no está sellado para vosotros este sepulcro de la eternidad; todavía no se ha abierto para recibiros: vosotros caminais por el camino del tiempo, y de la vida; vais adelantando pasos: *Spiritus vadens*. Reflexionad no obstante, que aunque os parezca estar todavía muy distantes del termino, ya os es imposible bolver atrás: *Spiritus vadens, & non rediens*.

Haveis pasado de la infancia à la juventud; de la juventud à la edad sólida, y acaso de esta edad à la vejez: ¿con qué rapidéz ha pasado todo este tiempo? Apenas podeis pensar en esto sin estremeceros: *Spiritus vadens*.

(a) Psalm. 77. 39. (b) Sap. 2. 5.

dens; pero no obstante todos vuestros pesares, no podreis bolver atrás: *Et non rediens.* En esta imposibilidad absoluta de bolver atrás; en esta necesidad de caminar siempre adelante, ¿por qué no reparais en el termino à donde haveis de ir à parar? Este termino es una eternidad sin fin. ¿Por qué no pensais en el camino que os falta hasta este termino sin fin? ¿Por qué no pensais en que quando hayais llegado à este termino no bolvereis atrás? *Vadens, & non rediens.* ¿Haveis visto à padres, madres, esposos, y amigos pasar de este Mundo al otro despues de haver sufrido el decreto de su juicio? No espereis que vengan à deciros si se salvaron, ò condenaron, como tampoco vino el Rico Avariento à dar esta noticia à sus hermanos. Abraham os dirá, como à él, que los Profetas, y la Ley os instruirán en este punto. Esta ley os dirá, que si esos padres tan amados que haveis visto morir, pasaron su vida en los deleytes; y la terminaron en la impenitencia, están eternamente en el Infierno; y que si vosotros proseguis viviendo como ellos, os espera la misma eternidad que à ellos.

No es cosa extraña, dice Cesareo Arelatense, que acercandonos mas cada dia à la eternidad, ¿no hayamos de pensar en la eternidad? Infelices, pecadores, añadé, su infelicidad es doble, porque se precipitan en la eternidad, y nunca buelven de ella: *Væ duplex: ingrediuntur, & non regredientur.* ¿Quereis no entrar jamás en ella, pregunta San Agustin? Pues entrad desde ahora con el pensamiento; entrad en ella profundamente. No os contenteis con figurarosla como un estado sin mudanza, y sin fin, sino como un estado sin mudanza, y sin fin en el conjunto de todos los males. No como un estado en que han caído millones de infieles impudicos, y avaros, sino como un estado en que caereis vos mismo, y que os está destinado, si vivis como ellos vivian

y si moris como ellos murieron. No os contenteis con pasar ligeramente la vista por esta eternidad; llenad vuestra idea como David de estos años eternos, y nunca se aparte esta idea de vosotros: *Annos æternos in mente habui.* (a) El temor de parecer solo, y de responder solo en el tribunal de un Dios Juez, no solamente tendrá eficacia para tranquilizaros acerca de los falsos temores del Mundo, sino tambien para disgustaros de todos sus insipidos placeres, y para que halleis en los juicios de Dios mas motivo de verdadero consuelo, que motivo de temor hallan en ellos los pecadores: *Memor fui Dei, & delectatus sum.* (b) Asi sea.

(a) *Psalm. 76. 6.* (b) *Psalm. 75. 4.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

